

lientes, el sordo debate de la dicha contra la fatalidad del destino?

—Mira—díjole violentamente Cristina;—voy á arreglar los baúles y te me llevo.

Cinco días después, regresaban á París, previo embalaje y envío de todo el mueblaje al camino de hierro.

Claudio estaba ya en marcha, con Santiaguito, cuando Cristina pretextó que había olvidado algo. Volvió sola á la casa, y encontrándola completamente vacía rompió á llorar; era una sensación de arrancamiento, algo de sí misma que dejaba allí, sin que pudiese precisarlo. ¡Con qué gusto se hubiera quedado! ¡cuán ardientemente deseaba vivir siempre allí, y sin embargo acababa de exigir esa partida, ese regreso á la villa de pasión, donde presentía una rival! Continuó buscando lo que le faltaba y acabó por arrancar una rosa, ante la cocina, una última rosa, arrugada por el frío. ¡Y después, cerró la puerta del desierto jardín!

VII

Desde que Claudio se halló de nuevo sobre el empedrado de París, sintióse poseído de una fiebre de agitación y de movimiento, del deseo de salir, de recorrer la villa, de visitar á los camara-

das. En cuanto despertaba, corría á la calle dejando á cargo de Cristina la instalación del pequeño taller que habían alquilado, calle de Douai, junto al bulevar de Clichy. De esta suerte, al segundo día de su llegada, cayó como una bomba en casa de Mahoudeau, á las ocho de una mañana gris y helada de noviembre.

La tienda de la calle de Cherche-Midi, que el escultor seguía ocupando, estaba abierta ya; y Mahoudeau, pálido, entre dormido y despierto, sacaba los postigos, tiritando:

—¡Hola! ¡eres tú! ¡diantre! ¡muy madrugador debías ser en el campo! ¿Y qué? ¿ya estás de vuelta?

—Sí, desde anteayer.

—¡Bravo! así nos veremos á menudo... Entra, hombre; que el tiempo está muy duro.

Pero en la tienda, sintió Claudio tanto frío como fuera de ella. Conservó levantado el cuello de su gabán y sepultó las manos en el fondo de sus bolsillos, ante la chorreante humedad de las desnudas paredes, el barro de los montones de arcilla y los continuos charcos de agua. Un hálito de miseria había soplado por allí, vaciando los estantes de modelajes antiguos, rompiendo banquillos y cubetas, recompuestos ahora por medio de cuerdas. Era un cuchitril de fango y de desorden, una cueva de albañil derrotado. Y, en el vidrio de la puerta, embadurnada de yeso, destacábase, como por irrisión, un enorme sol radiante, dibujado á pulgaradas y exornado con una faz en el centro, cuya boca en semi-círculo estallaba de risa.

—Aguarda—repuso Mahoudeau,—aguarda á que enciendan fuego. Estos malditos talleres, con el agua de los paños, quedan hechos una nevera.

Entonces, volviéndose, percibió Claudio á Chaîne de rodillas ante la estufa, acabando de destri-

par un viejo taburete para inflamar el carbón. Dióle los buenos días; pero no sacó de él más que un sordo gruñido, sin decidirle á levantar la cabeza.

—¿Y qué haces ahora, querido?—preguntó al escultor.

—¡Oh! ¡nada que valga la pena! ¡Mal año, querido, más malo aún que el pasado, que no valió nada absolutamente!... Ya sabes que los buenos dioses están pasando una crisis... Sí; la santidad está de baja, y ¡pardiez! he tenido que apretarme el cinturón... ¡Mira, esperando mejores tiempos, á lo que me veo reducido!

Y apartando de un busto los paños, mostró una figura larga, y más alargada aún por las patillas, de monstruosa pretensión y de infinita estupidez.

—Es un abogado vecino... ¿Qué tal? ¿habrá melón más asqueroso? ¡Y lo cargante que está, recomendándome que me esmere en su boca!... Pero, hay que comer, ¿verdad?

Eso sí, tenía una idea para el Salón, una figura en pie, una *Baigneuse* tentando el agua con el pie, en esa frialdad cuyo estremecimiento hace tan apetitosa la carne de mujer; y enseñó el modelo, ya agrietado, á Claudio, quien lo contempló en silencio, sorprendido y descontento de las concesiones que observaba: una expansión de lo lindo bajo la exageración persistente de las formas, un deseo natural de agradar, sin por ello soltar demasadamente su firme propósito de lo colosal. Lo que desolaba al pobre escultor, era lo engorroso de una figura en pie. Necesitábanse armazones de hierro, siempre costosas, y un taburete que no tenía, y todo un tren! Así, pues, quizá se decidiría á esculpirla yacente junto al agua.

—¿Eh? ¿qué te parece?... ¿Cómo la encuentras?

—Regular—contestó por fin el pintor.—Algo ro-

mántica á pesar de sus muslos de tablajera; pero eso no puede juzgarse sino después de la ejecución... Y en pie, querido; ¡de no ser así, todo se va á paseo!

La estufa roncaba, y Chaîne, mudo, se levantó. Anduvo un rato de aquí para allá, entró en la trastienda negra, donde se hallaba el lecho que compartía con Mahoudeau; después, reapareció, calado el sombrero, más silencioso todavía, con un silencio voluntario, abrumador. Con sus entumecidos dedos de campesino, cogió un pedazo de carbón y escribió en la pared: «Voy por tabaco; pon más carbón en la estufa.» Y se largó.

Estupefacto Claudio, había observado sus andares, y volviéndose á Mahoudeau:

—¿Qué es eso?

—Ya no nos hablamos; nos escribimos—dijo tranquilamente el escultor.

—¿De cuándo acá?

—Desde hace tres meses.

—¿Y os acostáis juntos?

—Sí.

Soltó Claudio la carcajada. ¡Vaya un capricho! ¿y de qué venía la riña? Pero, vejado, Mahoudeau desfogóse en vituperios contra el bruto de Chaîne. ¿Acaso no le había sorprendido, una tarde, regresando de improviso, en compañía de Matilde, la herbolaria de al lado, los dos en camisa y engulléndose un tarro de dulce? Nada le importaba el encontrarla sin enaguas; eso le tenía muy sin cuidado; pero... ¡el tarro de dulce! No, en su vida perdonaría que otros saboreasen cochinamente dulzuras á escondidas, mientras él comía su mendrugo de pan seco! ¡Qué diablo! Hay que hacer como con la mujer: partir.

Y hacía cerca de tres meses que el rencor duraba, sin un aflojamiento, sin una explicación. La vida se había organizado; reducían las rela-

ciones estrictamente necesarias á las cortas frases, escritas con carbón, á lo largo de las paredes. Por lo demás, seguían no teniendo más que una mujer, como tenían una cama, después de haberse concertado, tácitamente, sobre las horas de cada cual, saliendo el uno, cuando al otro le llegaba su vez. ¡Dios mío! no había necesidad de hablar tanto en la existencia; así como así, ya se entendían.

Después, Mahoudeau, que acababa de llenar la estufa, soltó cuanto tenía en el buche:

—¡Pues bien! créeme ó no me creas, cuando el hambre aprieta, no es tan desagradable como parece el vivir sin dirigirse la palabra. Sí, uno se embrutece en el silencio; es como una estupefacción, como un empastamiento que calma un tanto los dolores de estómago. ¡Ah! ¡no puedes formarte idea de lo campesino que es en el fondo ese Chaîne! Cuando acabó de comerse su último céntimo, sin llegar á ganar con la pintura la fortuna esperada, lanzóse al negocio, un negocio que debía permitirle llevar á cabo sus estudios. ¡Eh? ¡vaya un mozo! ¡qué caletre! Oye su plan: hacíase expedir aceite de oliva de su pueblo, Saint-Firmin, y después correteaba las calles, colocando su aceite entre las ricas familias provenzales, que gozan de buena posición en París. Desgraciadamente la cosa no duró; tan zafio es, que todo el mundo le echaba á cajas destempladas. Entonces, querido, habiendo quedado una jarra de aceite sin colocación, de ella vivimos. ¡Sí, los días que tenemos pan, remojamos pan en aceite!

Y designó la jarra en un rincón de la tienda. El aceite había ido manando, y la pared y el suelo estaban ennegrecidos por amplias manchas grasientas.

Claudio cesó de reír. ¡Ah! ¡qué miseria! ¡qué desaliento! ¡cómo guardar rencor á semejantes

desheredados? Paseábase por el taller, no se enojaba ya contra los esbozos envilecidos por concesiones, hasta toleraba el horripilante busto. Y tropezó con una copia que Chaîne había sacado en el *Louvre*, un Mantegna, reproducido con extraordinaria sequedad de exactitud.

—¡Ah! ¡el muy bruto!—murmuró,—¡es casi lo mismo; nada ha hecho mejor! ¡Quizá no tiene más culpa que el haber nacido cuatro siglos tarde!

Después, como aumentase el calor, quitóse el gabán, añadiendo:

—Mucho tarda en comprar su tabaco.

—¡Ah! ¡bueno está su tabaco!—dijo Mahoudeau, que había emprendido su busto, retocando las patillas.—Su tabaco se encuentra allí, al otro lado de la pared. Cuando me ve ocupado, se larga á casa de Matilde, creyendo sisarme algo... ¡Habrá imbécil!

—¿Conque todavía siguen los amores con ella?

—Sí, por costumbre. ¡Ella ú otra, lo mismo da! Y, además, ella es quien vuelve á la carga... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡hasta llega á abrumarme!

Por lo demás, hablaba de la herbolaria sin cólera, diciendo sencillamente que debía estar enferma. Desde la muerte del pequeño Jabouille, había vuelto á caer en devoción, lo cual no le impedía escandalizar al barrio. A pesar de las contadas mujeres devotas que seguían comprando en su tienda cosas delicadas é íntimas, para evitar á su pudor la primera confusión de pedir las en otra parte, la herboristería iba en decadencia, amenazando quiebra. Cierta noche, habiéndole cerrado el contador la Compañía del Gas, por falta de pago, la herbolaria había ido á pedir prestado á sus vecinos aceite de oliva que, á la verdad, se negó á arder en las lámparas. Ya no pagaba á nadie, y para evitarse el jornal de un operario, confiaba á Chaîne la compostura de los insecto-

res y de las jeringas que las devotas le llevaban, cuidadosamente disimulados entre periódicos. Hasta se murmuraba, en la taberna de enfrente, que revendía á conventos las jeringas ya usadas. Finalmente, era un desastre; la tienda misteriosa, con sus sombras fugaces de sotanas, sus discretos cuchicheos de confesonario, su incienso enfriado de sacristía, todo, todo iba cayendo en un abandono de ruina. Y á tal punto llegaba la miseria, que en las hierbas secas del techo hormigueaban las arañas, y las sanguijuelas, reventadas, verdes ya, sobrenadaban en los bocales.

—¡Mira! ¡aquí le tienes!—repuso el escultor.—
Y á ella tras él.

Efectivamente, regresaba Chaîne. Sacó, con afectación, un cucurucho de tabaco, llenó su pipa y se puso á fumar junto á la estufa, con redoblado silencio, como si la tienda estuviese desierta. Y acto seguido compareció Matilde, como vecina que entra á dar los buenos días. Claudio la encontró más enflaquecida aún, salpicada de sangre la faz bajo la piel, con sus ojos de fuego y la boca ensanchada por la pérdida de dos dientes más. Los olores aromáticos que llevaba constantemente en sus despeinados cabellos, parecían enranciarse; ya no eran la suavidad de las manzanillas, el frescor de los anises; y llenó la estancia con esa menta-piperita que parecía su aliento, pero agriada, como podrida por la carne magullada que lo exhalaba.

—¡Trabajando ya!—gritó.—¡Buenos días, pichonchito!

Sin preocuparse de Claudio, dióle un beso al escultor. Después estrechó la mano de aquél, con ese impudor, con esa manera de empujar el vientre, que la hacían ofrecerse á todos los hombres. Y prosiguió:

—¿No sabéis? He encontrado una caja de mal-

vabisco, y vamos á almorzárnoslo... ¿Eh? ¿qué decís? partiremos.

—Gracias — dijo Mahoudeau, — me empalaga; ¡prefiero fumar una pipa!

Y viendo que Claudio se ponía el gabán:

—¿Te vas?

—Sí, tengo hambre de desenmohecarme, de respirar el aire de París.

Sin embargo, aún se detuvo algunos minutos, contemplando á Chaîne y á Matilde que se atracaban de malvabisco, tomando cada uno su pedazo, uno en pos de otro. Y aun cuando no le venía de nuevas, quedó estupefacto al ver que Mahoudeau cogía el carbón y escribía en la pared: «Dame el tabaco que te has metido en el bolsillo.»

Sin chistar, sacó Chaîne el cucurucho y lo tendió al escultor, que á su vez llenó la pipa.

—Hasta la vista, pues.

—Sí, hasta la vista... De todos modos, hasta el jueves, en casa de Sandoz.

Ya fuera, soltó Claudio una exclamación al tropezar con Jory, quien, plantado ante la herboristería vecina, estaba ocupadísimo en huronear con la vista el interior de la tienda, por entre los vendajes maculados y polvorientos del escaparate.

—¡Hola! ¿qué estáis haciendo aquí?

El sonrosado narigón de Jory se estremeció, azorado de que le sorprendieran tan bruscamente.

—Yo, nada... ¡Pasaba, miraba!

Y optando por reír, bajó la voz, preguntando, como si hubiesen podido oírle:

—Está en casa de los amigos, al lado, ¿verdad? ¡bueno! larguémonos pronto; ¡otra vez será!

Y, llevándose al pintor, le enteró de cosas abominables. Actualmente, toda la bandada iba á casa de Matilde; había corrido la voz de uno á

otro, y cada cual desfilaba allí á su vez, y aun varios á la vez, si lo encontraban más chusco; y allí ocurrían verdaderos horrores, cosas espeluznantes, que le contó al oído, parándolo en la acera, entre los empujones de la muchedumbre. ¿Eh? ¡vaya! ¡una renovación de los romanos! ¡ya podía figurarse qué cuadro, tras la trinchera de los vendajes y jeringas, bajo las flores de tisanas que llovían del techo! ¡una tienda muy cuca, una orgía frailesca, con su apestamiento de perfumista bizca, instalada en el recogimiento de una capilla!

—Pero—dijo Claudio riendo,—¿no declarabas antes que era horrible esa mujer?

Jory hizo un gesto de indolencia:

—¡Oh! ¡para lo que sirve! Así, yo, esta mañana volvía de la estación del Oeste, de despedir á un amigo, cuando al pasar por la calle me ha ocurrido la idea de aprovechar la ocasión... Ya comprendes que uno no viene aquí exprefeso.

Daba estas explicaciones con cierta perplejidad. Después, de improviso, la franqueza de su vicio le arrancó este grito de verdad, á él, que siempre mentía:

—Y ¡vaya! por otra parte, la encuentro extraordinaria, si he de serte franco... Bella no lo será, tal vez; ¡pero fascinadora! En resumen: una de esas mujeres que uno finge no dignarse recoger ni aun con tenazas, y para quien se cometerían necedades hasta reventar.

Sólo entonces se admiró de ver á Claudio en París; y cuando estuvo al corriente, cuando supo su reinstalación, añadió, de una tiradá:

—¡Oye! te secuestro; vas á almorzar conmigo en casa de Irma.

Violentamente, el pintor, intimidado, rehusó, pretextando su descuidado traje:

—¿Y eso qué importa? Al contrario, es más

chusco, y á ella la encantará... Creo que le has dado en ojo; siempre nos habla de ti... Ea, no seas necio; me espera esta mañana y seremos recibidos como príncipes.

No le soltaba el brazo, y los dos, charlando, continuaron subiendo hacia la Magdalena. Ordinariamente, Jory era muy callado en el capítulo de sus conquistas, como los borrachos tocante al vino. Pero, aquella mañana, desbordante, dejábase bromear y confesó historiejitas. Hacía largo tiempo que había reñido con la *diva* de café-concierto, traída por él de su aldea, la que le desollaba el rostro á arañazos. Y era, de uno á otro cabo del año, una furiosa galop de mujeres atravesando su existencia, las mujeres más extravagantes, más inesperadas: la cocinera de una casa decente, donde comía; la legítima esposa de un municipal, cuyas horas de guardia debía acechar; la joven empleada de un dentista, que ganaba sesenta francos por mes, dejándose adormecer y luego despertar ante cada cliente, para inspirar confianza; y otras y otras más, las mozuélas errantes de los bailes de ínfimo rango, las damas *comme il faut* en busca de aventuras, las planchadorcitas que le llevaban su ropa limpia, las asistentas que levantaban sus colchones, todas aquellas que bien querían, la calle entera con sus azares, sus ganchos, lo que se ofrece y lo que se roba; y todo ello á lo que salga, las lindas, las feas, las jóvenes, las viejas, sin elegir, solamente para satisfacción de sus enormes apetitos masculinos, sacrificando la calidad á la cantidad. Cada noche, cuando regresaba solo, el terror á su frío lecho le impelía á la caza, y batía aceras hasta las horas en que se asesina á la gente y no se retiraba sino después de haber pescado á alguna; tan miope, por otra parte, que le ocurrían lamentables chascos; así, dijo, que

cierta mañana, al despertar, había encontrado sobre la almohada la cabeza blanca de una miserable de sesenta años, á quien, en su apresuramiento, había creído rubia.

Por lo demás, estaba satisfecho de la vida; sus negocios marchaban viento en popa. Verdad es que su padre le había cortado de nuevo los víveres, maldiciéndole de su terquedad en seguir una senda de escándalo; pero eso le tenía muy sin cuidado ahora, pues se ganaba de siete á ocho mil francos en el periodismo, abriéndose camino como gacetillero y crítico de arte. Los alborotados días del *Tapageur*, los artículos á veinte francos estaban ya muy lejanos; actualmente, más reposado, colaboraba en dos diarios muy leídos; y aun cuando, en el fondo, continuaba siendo gozador escéptico, adorador del éxito, fuera el que fuese, adquiriría cierta importancia burguesa y empezaba á imponer sus fallos. Cada mes, hostigado por su roñería hereditaria, colocaba dinero en ínfimas especulaciones, sólo de él conocidas, pues nunca sus vicios le habían costado menos; los días de mayor generosidad no pasaba de una taza de chocolate á las mujeres que más le habían complacido.

Ya cerca de la calle de Moscou, preguntó Claudio:

—¿Conque ahora mantienes á la Bécot?

—¡Yo!—exclamó Jory, sublevado.—Pero, querido, ¿no sabes que paga veinte mil francos de casa, y piensa edificarse un hotel que costará quinientos mil? No, hombre, no; almuerzo y como á veces en su casa, ¡y es lo bastante!

—¿Y te acuestas también?

Echóse el otro á reír, sin contestar directamente:

—¡Tonto! ¡siempre se acuesta uno! Ea; ya estamos; ¡entra!

Pero Claudio todavía se resistió. No le era po-

sible; su mujer le esperaba á almorzar. Y fué menester que Jory llamase y le empujara al vestíbulo, repitiendo que aquello no era excusa, que mandarían recado á la calle de Douai. Abrióse una puerta y ambos se hallaron en presencia de Irma Bécot, la que, percibiendo al pintor, exclamó:

—¡Cómo! ¿es usted, salvaje?

E inmediatamente le puso á sus anchas, acogiéndole como antiguo camarada, y así lo comprendió Claudio viendo que ella ni siquiera se apercibía de su viejo gabán. Por su parte, no podía menos de admirarse; apenas si la reconocía. En tres años, parecía haberse metamorfoseado; peinada con un arte de actriz, mermada la frente por el rizado de los cabellos, la faz alargada, gracias á su voluntad sin duda, roja ardiente en lugar de rubia pálida, era como una cortesana del Ticiano, surgida de la muchachuela de otros tiempos. Eso, según confesaba ella á veces en sus horas de abandono, era su «testa» para los tontos. El hotel, aunque reducido, no carecía de adefesios, en medio de su lujo. Lo que llamó la atención del pintor fueron algunos buenos lienzos colgados de las paredes, un Courbet, y, sobre todo, un esbozo de Delacroix. ¿Así, pues, no era una ignorante la moza, á pesar de un gato en barro cocido, pintado, horrible, que se pavoneaba sobre una consola del salón?

Quando Jory habló de mandar recado á casa de su amigo, exclamó ella, muy sorprendida:

—¡Cómo! ¿está usted casado?

—Sí—dijo Claudio, sencillamente.

Miró ella á Jory, que sonreía, y comprendiendo, añadió:

—¡Ah, se casó usted!... ¿Quién me decía que profesaba usted horror á las mujeres? Sepa usted que estoy llena de coraje, recordando que le di

miedo; ¿hace usted memoria? ¡Vaya! ¿tan fea me encuentra, que aún huye de mí?

Con ambas manos había cogido las suyas y ofrecía el rostro, sonriente y verdaderamente ofendida en el fondo, contemplándole muy cerca, en los ojos, con la aguda voluntad de agradar. Sintió él un leve estremecimiento bajo aquel hálito de moza que calentaba su barba, mientras ella, soltándole, decía:

—Bueno; ¡volveremos á ocuparnos del asunto!

Al cochero se dió orden de llevar á la calle de Douai una carta de Claudio, pues el ayuda de cámara acababa de abrir la puerta del comedor, anunciando que la mesa estaba servida. El almuerzo, muy delicado, pasó correctamente, bajo la fría mirada del doméstico; hablóse de las grandes construcciones que trastornaban á París; discutióse luego el precio de los terrenos, como burgueses que tratan de emplear bien su dinero. Mas, á los postres, cuando los tres se vieron solos ante el café y los licores, que habían resuelto tomar allí, sin dejar la mesa, fueron animándose por grados, olvidándose de lo presente, como si hubiesen vuelto á encontrarse en el café Baudequin.

—¡Ah! ¡chicos!—dijo Irma,—no hay cosa mejor que divertirse en buena compañía y mandar el mundo á paseo!

Liando cigarrillos, acababa de coger el frasco de Chartreuse, y lo vaciaba, muy encarnada, medio suelto el cabello, caída de nuevo en la acera de acanallada picardía.

—Entonces—repuso Jory, disculpándose de no haberle enviado por la mañana un libro que deseaba leer—entonces, dirígame á comprarlo, anoche, á eso de las diez, cuando encontré á Fagerolles...

—Mientes—dijo ella interrumpiéndole, sin el menor rodeo.

Y para cortar toda protesta:

—Fagerolles estaba aquí; ¡ya ves si mientes!

Después, volviéndose á Claudio:

—Vaya, es repugnante, no puede usted formarse idea de semejante embustero... Miente como una mujer, por el gusto de mentir, por marranaditas sin consecuencia. Así, en el fondo de toda su historieja, sólo hay una cosa: no gastar tres francos en comprar mi libro. Cada vez que ha tenido que mandarme un ramillete, un coche le ha pasado encima, ó bien, ya no había flores en París. ¡Ah! ¡á ese hay que amarle por su linda cara!

Sin incomodarse, Jory echaba atrás su silla y se columpiaba, chupando su cigarro. Y limitóse á decir, con cierta fisga:

—Toda vez que has hecho las paces con Fagerolles...

—¡No hay tal!—gritó ella, furiosa.—Además, ¿qué te importa eso? Sábetete que me tiene muy sin cuidado tu Fagerolles... Demasiado le consta que no es posible reñir conmigo... Los dos nos conocíamos ya; los dos hemos crecido en la misma grieta del arroyo... Mira, cuando se me antoje, sólo con hacer esto, una seña con el meñique, le verás aquí, en el suelo, lamiéndome los pies... Me tiene en su sangre, tu Fagerolles.

Viéndola exaltarse, creyó prudente batirse en retirada.

—Mi Fagerolles—murmuró,—mi Fagerolles...

—Tu Fagerolles, ¡sí! ¿Piensas acaso que no os veo, á él pasándote siempre las manos por la espalda, porque espera artículos, y á ti haciéndote el príncipe bondadoso, calculando el beneficio que obtendrás con apoyar á un artista mimado del público?

Entonces, Jory tartamudeó, sumamente molesto,

en presencia de Claudio. Sin embargo, no se defendió, prefiriendo llevar la cosa á broma. ¿Eh? ¡qué chusca se ponía Irma al entusiasmarse! ¡con su mirar de reojo reluciendo vicios, y torcida la boca vomitando injurias!

—¡Lo malo es, querida, que así descompones tu *Ticiano*!

Ella se echó á reír, desarmada.

Claudio, anegado en bienestar, sorbía copitas de cognac, sin advertirlo. Desde las dos horas que estaban allí, surgía una embriaguez, esa embriaguez alucinante de los licores, entre el humo del tabaco. Ahora, hablaban de otra cosa: de los subidos precios que comenzaba á alcanzar la pintura. Irma, silenciosa ya, conservaba un cigarrillo en los labios, fijando en el pintor su vago mirar. Y bruscamente le interrogó, tuteándole, como en un sueño:

—¿De dónde sacaste á tu mujer?

La pregunta no pareció sorprenderle, en el dulce abandono de sus ideas, y contestó como quien piensa en voz alta:

—Llegaba de Clermont, estaba en casa de una señora; y honrada... ¡de veras!

—¿Bonita?

—Sí, bonita.

Por un momento, recayó Irma en su ensueño, y después, sonriente:

—¡Diantre! ¡qué vena! ¡Ya no las había, y fabricaron una para tí!

Y desperezándose, gritó, al levantarse de la mesa:

—Las tres menos cuarto... ¡Ea! chicos; os planto á la puerta. Sí, tengo cita con un arquitecto, voy á visitar un terreno junto al Parque Monceaux, ya sabéis, en un nuevo barrio que se levanta. ¡He olfateado un buen negocio!

Vueltos al salón, detúvose ante un espejo, extrañando verse tan colorada:

—Se trata de ese hotel, ¿verdad? —preguntó Jory.—¿Has encontrado ya el dinero?

Ella bajaba sus cabellos sobre la frente, pareciendo borrar con la mano la sangre de sus mejillas, alargaba el óvalo de su faz y rehacía su testa de cortesana salvaje, con inteligencia encantadora de obra de arte, y, volviéndose, le espetó por única respuesta:

—¡Mira! ¡ahí tienes mi *Ticiano*!

Ya, entre risotadas, los empujaba hacia el vestíbulo, donde volvió á coger las manos de Claudio, sin hablar, clavándole de nuevo su mirada de deseo en el fondo de los ojos. En la calle, experimentó el pintor cierto malestar. El aire frío le serenaba, á la vez que torturándole cierto remordimiento de haber hablado de Cristina á aquella mozueta. Juróse no volver á pisar sus umbrales.

—¿Eh? ¿qué tal? buena muchacha—decía Jory encendiendo un cigarro que había tomado del cajón antes de salir.—Por lo demás, ya lo sabes; eso á nada obliga; uno almuerza, come, se acuesta y después... ¡abur y cada cual á su negocio!

Una especie de vergüenza impedía á Claudio regresar á su casa en seguida; así, pues, cuando su compañero, excitado por el almuerzo y ganoso de vagar, habló de subir á dar un apretón de manos á Bongrand, acogió con entusiasmo la idea, y ambos se encaminaron al bulevar de Clichy.

Allí, desde veinte años antes, ocupaba Bongrand un vasto taller, sin la menor concesión al gusto del día, á esa magnificencia de tapices y chucherías de que comenzaban á rodearse los pintores de la joven Escuela. Era el antiguo taller, desnudo y gris, ornado solamente con estudios del maestro, colgados sin marco, apretados como ex-

votos en una capilla. El único lujo consistía en un espejo de cuerpo entero, época del Imperio, un vasto armario normando y dos sillones de terciopelo de Utrecht, desgastados por el uso. En un ángulo, una piel de oso, desprovista ya de todos sus pelos, cubría un ancho diván. El artista había conservado, de su juventud romántica, la costumbre de un traje especial, y recibió á sus visitantes en amplio pantalón, bata ceñida por grueso cordón y cubierto el cráneo por eclesiástico solideo.

El mismo había abierto la puerta, paleta y pinceles en mano.

—¡Usted por acá! ¡lo celebro! en usted pensaba, querido. No recuerdo quién me anunció su regreso, y entre mí decía que no tardaría mucho en verle.

Su mano libre había estrechado primeramente la de Claudio, en un arranque de vivo afecto. Después, dió un apretón á la de Jory, añadiendo:

—¿Y usted, joven pontífice? He leído su último artículo, y agradezco la amable frase que me dedica... Entren ustedes. No teman molestarme. Aprovecho la claridad hasta el último minuto; estos malditos días de noviembre no dan tiempo para nada.

Había vuelto á su trabajo, en pie ante un cabellete que sostenía un pequeño lienzo: dos mujeres, madre é hija, cosiendo junto al alféizar de una ventana bañada por el sol. Tras él, los dos jóvenes miraban.

—¡Exquisito!—acabó por murmurar Claudio.

Encogióse de hombros Bongrand, sin volver la cabeza.

—¡Bah! ¡una fruslería!... En algo hemos de ocuparnos, ¿verdad? He tomado el asunto del natural, en casa de unas amigas, y lo estoy limpiando un poco.

—Pero si no le falta nada, si es una joya de verdad y de luz—repuso Claudio, entusiasmándose.—¡Ah! ¡esa sencillez, esa sencillez me seduce!

Aquí, el pintor retrocedió un paso, entornó los párpados y con cierto aire de sorpresa:

—¿De veras?—dijo,—¿le agrada? Pues bien; cuando llegaron ustedes, parecíame pésimo este lienzo ¡palabra! asediado por negra melancolía y convencido de que no tenía ni dos sueldos de talento.

Temblaban sus manos y su cuerpo todo sufría el doloroso sacudimiento de la creación. Dejando á un lado la paleta, volvióse á sus amigos, con gestos que golpeaban el vacío; y aquel artista envejecido en medio del éxito, autor de veinte obras maestras y que ocupaba un rango eminente en la Escuela francesa, exclamó:

—Tal vez les sorprenda; pero hay días en que me pregunto si seré capaz de dibujar una nariz. Sí, á cada nuevo cuadro, experimento aún la enorme emoción del principiante, palpitaciones de corazón, una angustia que seca la boca, en fin, un miedo abominable. ¡Ah! ¡el miedo! ustedes, gente joven, creen conocerlo y ni por asomo saben lo que es, porque ¡Dios mío! si les sale mal una obra, se desquitan esforzándose en hacer otra mejor; nadie les abrumba; mientras que nosotros, los viejos, que hemos dado ya la medida de nuestras fuerzas, que estamos obligados á ser siempre iguales á lo que fuimos, cuando no á progresar, no podemos desfallecer, sin caer en la fosa común. ¡Ea, pues, hombre célebre, gran artista, cómete el cerebro, quémate la sangre, para subir aún más alto, siempre más alto; y si pataleas allí, en la cumbre, considérate feliz, desgasta tus pies pataleando el mayor tiempo posible; y si com-

prendes que declinas, ¡ah! acaba de estrellarte revolcándote en la agonía de un talento que ya no es de época, en el olvido en que caes de tus obras inmortales, rematado por tu impotencia de crear nada más!

Su voz potente se había engrosado en un estallido final de trueno; y en su ancha faz roja dibujábase una angustia. Y siguió andando, como arrebatado á su pesar por un soplo de violencia:

—Ya lo he dicho veinte veces: uno es siempre principiante; la dicha no está en haber llegado á la cumbre, sino en subir, en hallarse aún entre las ilusiones del escalamiento! Sólo que ustedes no lo comprenden, no pueden comprenderlo, hay que pasar por ello... ¡Y cómo no! se espera en todo, se sueña en todo. En la hora de las ilusiones sin límites tiene uno tan buenas piernas, que los más rudos caminos parecen cortos; se siente tal apetito de gloria, que los primeros pequeños triunfos llenan la boca de un sabor delicioso. ¡Qué festín, cuando uno va á saciar su ambición! ¡ya casi uno toca á la cima, y se desuella con satisfacción, en un arranque supremo! Después, ya está, conquistóse la cumbre, hay que conservarla. Entonces, comienza la abominación, se agotó la embriaguez; embriaguez fugaz, amarga en el fondo, y no equivaliendo á la lucha que costó conseguirla. Ya nada de incógnito que conocer, ni nuevas sensaciones que sentir: el orgullo ha tenido su ración de nombradía; ha dado sus obras magnas, y se admira de que no hayan procurado más vivos goces. Desde entonces, el horizonte queda vacío, sin nueva esperanza que atraiga; sólo resta morir. Y, sin embargo, uno se aferra, no queriendo haber acabado, obstinándose en la creación, como los viejos en el amor, penosa, vergonzosamente. ¡Ah! ¡debería uno tener el va-

lor y el orgullo de ahorcarse, después de su última obra maestra!

Había levantado ambos brazos, conmoviendo con su tonante voz el alto techo del taller, sacudido por una emoción tan fuerte, que las lágrimas aparecían en sus ojos. Y fué á caer en una silla, frente á su lienzo, preguntando, con el aire inquieto de un discípulo que necesita le alienten.

—¿Con que, verdaderamente, les agrada? No me atrevo á creerlo. Quizás consiste en que tengo á la vez demasiado y no el suficiente sentido crítico. En cuanto emprendo un estudio, lo exalto á las nubes; y después, si no obtiene éxito, me torturo. Más valdría no tener vista, como ese animal de Chambouvard, ó bien tenerla muy clara y no pintar más... Francamente, ¿les gusta ese lienzo?

Claudio y Jory permanecían inmóviles, atónitos, perplejos ante ese sollozo de gran dolor, en el parto. ¿En qué momento de crisis habían llegado para que aquel maestro aullara de sufrimiento, consultándoles como á camaradas? Y era lo peor que no habían podido ocultar cierta vacilación, bajo los ojos ardientes con que les suplicaba, ojos donde se leía el miedo oculto de su decadencia. Conocían de sobras la opinión corriente, estando acordes en que Bongrand, desde su *Noce au village*, no había producido nada que equivaliese á aquel famoso cuadro. Aún más; después de haberse mantenido en algunos lienzos, íbase deslizando á una factura más erudita y más seca. El esplendor desaparecía; cada obra nueva parecía decaer. Mas tales cosas no podían decirse, y Claudio, una vez repuesto, exclamó:

—¡Es una perla!... ¡Nunca ha creado usted cosa mejor!

Bongrand continuó mirándole, fijo, durante algunos segundos. Después, dirigió la mirada á su obra, absorbióse, hizo un movimiento con sus dos brazos de hércules como crugiendo los huesos, y murmuró, hablando consigo mismo:

—¡Vive Dios! ¡qué abrumante es esto! No importa; ¡la piel dejaré antes que descender!

Volvió á su paleta, calmóse desde la primera pincelada, arqueando los hombros, con su ancha nuca donde subsistía lo fornido del campesino en el cruzamiento de delicadez burguesa de que era producto.

Siguió un silencio. Jory, fijos siempre los ojos en el cuadro, preguntó:

—¿Está vendido?

Bongrand hizo un ademán de hombre que trabaja cuando quiere, sin preocuparse del dinero.

—No... ¡Me siento paralizado cuando tengo un mercader encima!

Y sin dejar su tarea, prosiguió, aunque chocarrero y sacudido por brucas jovialidades:

—¡Ah! ¡hoy se empieza á hacer negocio con la pintura! Positivamente, nunca había visto cosa semejante, ni desde que voy haciéndome viejo... Así, pues, usted, amable periodista, no les ha echado pocas flores á los jóvenes, en ese artículo donde recuerda mi nombre! ¡Eran dos ó tres muchachuelos, que, cuando más, tenían genio!

Jory se echó á reír.

—¡Pardiez! Cuando uno tiene un periódico, es para sacarle jugo. Y además, el público gusta de que le descubran los grandes hombres.

—Sin duda, la necedad del público es infinita y admito que la explote usted... Sólo que recuerdo nuestros estrenos, ¡los nuestros! ¡Diantre! No se nos mimaba; teníamos ante nosotros diez años de trabajo y de lucha, antes de poder figurar, ni así,

en pintura... Mientras que hoy, el primer chisgarabís que sabe borronear una figura, hace resonar todas las trompetas de la publicidad. ¡Y qué publicidad! una cencerrada de uno á otro extremo de Francia, nombradías repentinas que surgen de la noche á la mañana y que estallan como truenos, en medio de las poblaciones embobadas. Eso, sin hablar de las obras, de esas pobres obras anunciadas por salvas de artillería, esperadas en un delirio de impaciencia, haciendo rabiarse á París durante ocho días, para después caer en eterno olvido!

—Está usted haciendo el proceso de la prensa de informaciones—declaró Jory, que se había repantigado en el diván, encendiendo un nuevo cigarro.—Mucho bueno y mucho malo hay que decir; pero debemos amoldarnos á nuestra época ¡qué diablo!

Bongrand, moviendo la cabeza, repuso en un acceso de enorme hilaridad:

—No, no, ya no es posible soltar el menor marracho, sin convertirse en joven maestro... ¡Si supieran ustedes cuánto me divierten los jóvenes maestros!

Mas como si se operase en él una asociación de ideas, calmóse y volvióse á Claudio para preguntarle:

—A propósito: ¿ha visto usted el último cuadro de Fagerolles?

—Sí—respondió éste sencillamente.

Los dos continuaban mirándose; una invencible sonrisa había subido á sus labios, y al fin, añadió Bongrand:

—Otro tal, que plagia á usted.

Jory, confuso, había bajado los ojos, preguntándose si defendería á Fagerolles. Sin duda con-

sideró provechoso hacerlo, pues alabó el cuadro, aquella actriz en su cuarto, del que una reproducción grabada obtenía á la sazón gran éxito en los aparadores. ¿Acaso no era moderno el asunto? ¿por ventura no estaba lindamente pintado, en la tonalidad clara de la nueva escuela? Quizá se hubiera podido exigir más vigor; pero había que dejar á cada cual su individualidad, y no eran de desdeñar el atractivo y la distinción.

FIN DEL TOMO PRIMERO

